

Sobre los recientes atentados a iglesias cristianas

Natalia Jakubecki

La última seguidilla de ataques a objetos y símbolos religiosos (cristianos) que se ha dado en algunas ciudades de nuestro país evidencia un retroceso de normas de convivencia básicas, de eso no cabe ninguna duda. Ahora bien, luego de haber debatido acerca de los fundamentos ideológicos de estos hechos, estoy convencida de que no responden a un plan sistemático, aunque sí reflejan ciertos valores o, mejor dicho, disvalores de estos tiempos.

Sabemos que la mayor parte de los argentinos afirma tener alguna creencia religiosa y que, de esa población, la gran mayoría es católica. El ateísmo es una verdadera minoría, y el ateísmo militante, un grupo más reducido aún. Ahora, bien, tomado en cuenta estos datos, hablar de la intolerancia de este último grupo hacia los primeros es un tanto desacertado, dado que el concepto de “tolerancia” supone una relación dispar y jerárquica entre quien tolera y es tolerado. Pero entonces, ¿en qué términos caracterizar la situación? Tampoco parece posible hablar de mero vandalismo dado que ese tipo de agresiones de propiedad privada tiene una clara intención política, en el sentido más amplio de la palabra. Vayamos por parte.

El robo y la destrucción de propiedad ajena es un delito, y si esta propiedad tiene, además, algún componente simbólico como en este caso es el religioso, la gravedad del hecho se incrementa justamente a causa de este plus intrínseco del objeto. Por tanto, calificar estos actos como vandálicos es restarle importancia al asunto. Creo que lo más conveniente, aunque suene algo violento, es caracterizar lo acontecido como una manifestación de odio antirreligioso. Con todo, habrá que preguntarse si existe algún vínculo estrecho y sistemático entre los cinco sucesos de profanación. En realidad, no lo creo.

En el caso de la Iglesia de San Ignacio, por ejemplo, los ataques parecen provenir de una lectura sesgada, vehemente y anacrónica de la literatura anarquista por parte de los alumnos del Nacional Buenos Aires, más que por una acción política planeada y con un fin determinado. En el resto de los casos, aunque mucho más ultrajantes y con consecuencias quizá más costosas, sucede algo similar, sólo que a la rebeldía insolente de los adolescentes se le sumó el robo. Aún así, estas parecen ser acciones de pequeños grupos aislados que, impulsados por los hechos anteriores, se atrevieron a continuar con el “legado” e, incluso, a redoblar la apuesta. Esa es, a mi entender, la conexión más probable que exista en esta serie. Y en este sentido, no se debe confundir los autores anónimos de estos ataques con las organizaciones visibles de ateísmo militante, cuyo objetivo marcada y visiblemente político es otro, y cuyos medios de acción son del todo pacíficos y legales.

Ahora bien, claro está que por desarticulado que sea el embate, ello no le resta gravedad. Los valores de convivencia civil en los que se ha trabajado a lo largo de los siglos, entre los cuales el respeto debería tener un lugar privilegiado, están siendo notablemente menoscabados. Incluso puede pensarse, desde el aspecto político, que lo que intentan estos ateos “invisibles” es establecer, claramente por medios equivocados e infantelistas, la consigna de que la religión debería desaparecer. Contrariamente a esta forma de proceder es que se manejan los ateos verdaderamente militantes, agrupados de manera articulada y pública. Pero no sólo la metodología es otra, sino que lo que se buscan es un estado de la situación perfectamente válido: desterrar la incumbencia de las religiones en el espacio público, en los actos oficiales de gobierno y, fundamentalmente, en la toma de decisiones legislativas. En occidente, separar las esferas religiosas y políticas ha sido un *desideratum* de ciertos grupos políticos desde hace siglos; y para ello, no hay otro camino que el político. El ateísmo militante lo ha entendido bien.

Así, ellos propugnan un Estado laico por vías legales, civilizadas, perfectamente compatibles con las normas de nuestra sociedad. Y así como algunas religiones son proselitistas declaradas, nada de malo hay en que el ateísmo también se sirva de los mismos métodos. Los pequeños grupos de odio antirreligioso, en cambio, no hacen más que confundir las cosas, delinquir de manera grosera entorpeciendo, justamente, el camino y el mensaje por el que otros pretenden llegar a destino. Por eso se torna más necesario aún hacer esta distinción y no incluir a todos los ateos en la misma categoría.

Atentar contra la propiedad, robar, destruir y dejar mensajes blasfemos hiriendo profundamente la susceptibilidad de los creyentes no sólo no es el modo, sino que es una manera cobarde, vergonzosa y completamente repudiable de visibilizar el descontento de la minoría atea frente a una tradición cristiana que, guste o no, ha nacido junto con nuestro país. En última instancia, este fundamentalismo antirreligioso es tan irracional como su opuesto, ese mismo que pretender extinguir. Pienso, por ejemplo, en el grupo extremista de la Fraternidad de San Pío X que irrumpió violentamente la conmemoración interreligiosa del aniversario de “La noche de los cristales rotos”. ¿No son, acaso, dos caras de la misma moneda?

Por mi parte, creo que es deseable la laicización del Estado, creo que deseable que se revisen ciertos valores tradicionalistas intolerantes que, aunque no necesariamente provienen de las religiones, sí encuentran muchos adeptos en ellas. Creo, finalmente, en que lo más positivo para nuestra sociedad es mantener y defender la libertad de culto, y que en lugar de hacer desaparecer a la religión de la faz del planeta (lo cual, además, es una insensatez por donde se lo mire) lo deseable, lo necesario, es bogar por un diálogo no sólo interreligioso sino uno en el que los ateos, en tanto representantes de la no religiosidad, también estén incluidos. Sólo de esta manera todas las voces serán escuchadas y ese odio que separa podrá ser superado.